

En el campo de Sevilla

El horror rojo de Arahál

Jamás hemos sentido tan hondamente, a lo largo de nuestra vida profesional, la responsabilidad de un relato periodístico, como ahora, al comenzar esta triste información, que marcará el episodio más dramático de todo este triste período revolucionario.

Nuestro relato no será más que pálido reflejo del horror que presenciamos ayer en Arahál. No tenemos el propósito de encender rencores ni avivar pasiones. Cumplimos el triste deber de relatar. La verdad sería inútil callarla. Meditando la responsabilidad de cada palabra de la información, después de comprobar escrupulosamente los hechos, entramos en el relato de lo ocurrido en Arahál, episodio cuya ferocidad supera a todo lo imaginable. Si no lo hubiéramos comprobado, si en nuestros ojos no pesa aun el horror de la infernal visión, no creeríamos que el odio llegara a la inconcebible crueldad cometida por los rojos con indefensas personas.

Marchamos al Arahál en la mañana calurosa de julio. Pesa el cielo, denso, plomo ardiente, el aire sucio de la sucia mañana, camino del medio día. Quietud de muerte. Pesadumbre en la tierra quemada, seca como las entrañas, que se agostaron en el rencor que sembraron las predicaciones rojas para dar este fruto de maldición que es la guerra civil.

De cuando en cuando, pequeños grupos de campesinos que alzan el brazo abierto, el puño que los marxistas cerraron en ademán para presafio de todo esto.

Ni un tiro en toda la vega del Guadaira, camino del Arahál, de Morón, junto al gallo desplumado, camina un pequeño grupo en el lugar ----- los revoltosos de la comarca. La columna estrechaba el cerco del castillo.

“Castillito de Morón
que a todo el mundo combates
ahora te combato yo,
¡Castillito, date, date!

Así dice el viejo romance que actualizan los leales. Por el campo reseco vuela, corcel ideal, el caballo blanco teñido de rosa que campea sobre azur en el escudo de Morón. Caballo blanco de Clavijo, caballería eterna de las empresas españolas, caballo para las celestes cabalgadas por el campo de estrellas, que traza un camino de fe sobre el cielo de España, blanca luz estelar, altísima, sobre la mancha roja que es la tierra empapada de sangre, que son los bajos pensamientos rezumantes de odio. Así ahora, como en la empresa fronteriza que inmortalizó el romance de combate en Morón de la Frontera. ¿Aún fronteras en España!

La sublevación de Arahál. Horas de angustia

En la historia de las sublevaciones campesinas, el motín de Arahál en 1851, marca el período inicial de las rebeldías proletarias. Ya nos llega, por la simbólica puerta de oro que abren a Miguel Bakunin los masones de Gadex Augusta, el primer ramalazo de odio que ennegrece la campiña. De este odio,

Fermín Salvochea, con la santidad de su vida, irá formando una religión nueva y el evangelio de Aeracie promete Arcadias en las gañanias y surge un misticismo que tiene un altísimo valor espiritual que nadie ha sabido encauzar para el bien. Después del motín de Arahal, el de Montilla es pronta réplica. Desde entonces ...¡ cuánto se pudo hacer y no se hizo...!

Arahal tiene, pues, una raíz revolucionaria.

¿Es lo que vamos a relatar retoño de aquello? No lo creemos. Mas bien siembra nueva. La vieja semilla de las rebeldías andaluzas tienen su expresión en los anarcosindicalistas, y para horror de estos militantes rojos, y porque es justo quede así reconocido, allí donde el anarcosindicalismo plantó su bandera ha habido un mínimo de humanidad, ha fallado algo español.

Las crueldades del Arahal están a cargo de ese conglomerado de la U.G.T. (fracción de Largo) y comunistas, españoles que dejaron de serlo alistándose en la bandera de Rusia.

¿Qué ocurrió en Arahal?

No han sido ociosas las reflexiones de los párrafos anteriores. Al correr de la pluma fijamos con ella el escenario de la tragedia. Arahal reía, blanco, llano y bello en medio de la campiña verde. Los que preparaban la revolución roja colocaron un Ayuntamiento adicto, verdadero Comité revolucionario.

Ese comité iba decretando caprichosamente detenciones de sospechosos que se hacinaban en una galera. Veintitrés personas se apretaban en un estrecho calabozo. El sábado, primeros rumores del momento libertador que ha de sacudir la tiranía roja. Los campesinos en armas. Vejaciones, órdenes tiránicas, funciona un Comité que organiza la defensa. Se colocan barricadas, se corta la carretera....

Los campesinos en armas. Y comienza la lucha. Fiesta mayor del pueblo era Santa María Magdalena, el día 22. Las casetas y el alumbrado para la Feria que no había de celebrarse estaban dispuestos en las calles. Y comienzan los asesinatos. Los labradores, con añagazas, son sacados de sus casa, arrancados, en escenas de horror, al sagrado de las familias, y antes las esposas y los hijos, los jóvenes comunistas asesinan en las calles a sus enemigos. Así D. [Rafael Arias de Reina](#), muerto ante sus pequeños hijos.

Y como siempre, consigna de Moscú, la quema de las iglesias, brutal espectáculo que deprime.

El párroco es arrancado de los brazos de su madre, anciana y llevado a la prisión municipal, que había de convertirse en horno crematorio de seres vivos.

En la tarde del día de Santa María Magdalena, la columna española combatía a las puertas de Arahal.

¿Quién pudiera describir este horror? Ni el relato que recoja el más feroz episodio de la revolución rusa. Veintitrés personas quemadas vivas

El secretario del Juzgado municipal, señor Arconda, y otros vecinos nos llevan a la galera infernal que fue prisión de los desdichados. Hiede la carne quemada. En este calabozo hallaron la muerte los indefensos detenidos. Sus cadáveres, retorcidos, negros, horrorizaban.... Y fue así:

Doña [Teresa Zayas y Arias de Reina](#), viuda del ganadero D. Romualdo; D. [Francisco Humanes Vega](#), D. Rafael Arqueza Fernández; el presidente de Acción Popular, D. José Camacho Bernabeu, y su hermano D. Manuel; D. Juan

Valverde García, D. Salvador Zambrano Romero, don Juan Cano de Haro, maestro sastre, único afiliado a Falange que había en el pueblo; un señor forastero, apellidado Benítez; don José Segura Gallego, de oficio herrero; don Lucas Urreta Mingo, D. [Daniel Arias de Reina Zayas](#), D. José Sánchez Brenes, don Juan Oliva Caso, D. [Trinidad Morilla Soriano](#), el farmacéutico D. Víctor Oleas Herques (anciano y enfermo); D. [José María](#) y D. [Antonio Arias de Reina](#), D. Manuel Camacho Jiménez, D. [Fernando Soriano Crespo](#), D. [Albero Arias de Reina](#), don [Javier Zayas y Arias de Reina](#) y el párroco don Antonio Ramos y Ramos, se hallaban hacinados en el calabozo más profundo de la prisión municipal, a las siete y media de la tarde del día 22 de jilio. Se oían ya los vivas a España de la columna libertadora... Los rojos huían al campo buscando el refugio de las primeras estribaciones de la serranía de Cádiz, hacia Olvera. Pero antes quisieron vengar su derrota. Unas mujeres, nos dicen, vertieron por el ventanillo del calabozo unos cubos de gasolina empapando a los infelices presos. Después prendieron fuego en la gasolina y la carne de los tristes presos fue una hoguera...

Aí, sencillamente. No sabemos si para bien o para mal hacemos este relato. Lo hacemos con repugnancia, pero es la verdad. Ni en casa de Juan el Botero de Nador, ni en la casa de La Ina, en Zeluán, allá en 1921, cuando las hordas rifeñas se cebaron en indefensos españoles, no combatientes, he visto horror igual.

Cuando los libertadores llegaron a Arahál habían muerto ya la mayoría de los presos. Horas después morían, víctimas de las horribles quemaduras, D. [José María Arias de Reina](#), D. Manuel Camacho, D. [Fernando Crespo](#) y D. [Alberto Arias de Reina](#).

El párroco, D. Antonio Ramos Ramos sufre horribles quemaduras en la cara, en el pecho y en los brazos. Se halla grave. Es el único superviviente de la trágica galera. Oigamos su relato, en la que no hay una sola palabra de rencor.

Un resplandor en llamas en la oscuridad del calabozo. Llega la muerte. La absolución a los que mueren. Brilla la cruz sobre la hoguera.

En la casa palacio de D. [José Benjumea Zayas](#) –otro día risueña mansión por la que podrían discurrir figuras quinterianas, así su decorado, sus muebles, sus patios y la gracia, ahora velada por el horror, de sus criados- se halla el párroco. Escaleras, galerías, salones con viejos retratos, y en una cámara, el lecho que ha recogido este despojo de la tragedia que es el cuerpo llagado de don Antonio Ramos. Sobre la blancura de la almohada reposa la horrible cabeza hinchada, que cubre una costra negra y supurante. Los ojos se pierden en el fondo de unas llagas rojas... Los brazos desaparecen en la envoltura de unas gasas...

Lentamente hace el relato.

-En la mañana del día 22 fui sacado de la parroquia. Ya había consumido las Sagradas Formas para cortar las profanaciones. Se presentía el estallido de la revolución. Fui llevado a la galera, ya repleta de infelices. El día transcurrió horrible. A cada momento nos amenazaban con fusilarnos. Aunque aun era de día, ya se había hecho la oscuridad en el fondo de nuestro encierro, en el que apenas sí podíamos movernos, apretados unos contra otros. Entre todos inspiraba compasión doña Teresa Zayas, a la que trajeron de la finca donde se encontraba.

Me hallaba en uno de los rincones del calabozo cuando advertí que alguien se acercaba al ventanillo, por el que sólo para insultarnos se habían asomado hasta entonces, y volcaban unos cubos de gasolina. Quedamos los infelices presos empapados, y después una gran llamarada iluminó internamente la negrura del calabozo. Fuera, los gritos de júbilo y venganza de los que nos veían arder por el ventanillo. Dentro, los ayes de dolor, el debatirse de los atormentados por el dolor de sus miembros que ardían. Todo aquel calabozo una hoguera, y en ella, locos por el dolor y el espanto, los infelices sentenciados a la muerte mas cruel que pudiera discurrir el odio.

Debo la vida a la circunstancia de hallarme en el fondo del calabozo, junto a la letrina. No perdí la serenidad. Comprendí que la muerte llegaba, misericordiosa para todos, para librarnos de aquel tormento, y me dispuse a cumplir mis deberes sacerdotales. Saqué un crucifijo que llevaba en el bolsillo de mi chaleco, y dominando los gritos de horror, eleve mis manos, absolviendo a los que morían quemados en aquel horror. Pedí a Dios piedad para todos, y alce mis manos que ardían, trazando la señal de la Cruz con esta pobre llaga que era mi mano derecha.... Perdido el conocimiento casi, advertí como los ayes de mis compañeros iban cesando. Un horrible hedor a carne quemada, decía que sus cuerpos entregados a la muerte, iban siendo consumidos por las llamas. Ya nadie alentaba en el calabozo. Yo, junto a la letrina, cubierto de quemaduras e inmundicias, refrescado por el agua de un cántaro, que junto a mi se rompió, alentaba aun. Se consumió la gasolina, sobre la que fue pira humana, se consumían unas pavesas. Otra vez la negrura del calabozo, lleno ahora por el gran silencio de la muerte. Y así, no se cuanto tiempo, estrechando entre las llagas que eran mis manos y mis labios la Cruz, que no me abandonó, hasta que un aire nuevo, un cielo estrellado y unos gritos de vivas a España, me dijeron que estaba en libertad...

Así nos habló trabajosamente, D, Antonio Ramos, sacerdote de Fuentes de Andalucía, párroco desde hace cinco años de Arahal. A su lado, la dulce sonrisa de su hermana doña María. Y ni una palabra de rencor...

En el casino se organizan las milicias fascistas para hacer frente a la situación. Señorío andaluz de estos hombres, nos hacen hidalgamente los honores, brindando hospitalidad al forastero.

En el Ayuntamiento de nuevo, trepamos a la torre del reloj, desde se atalaya el campo, por donde caminan los rojos fugitivos. Al fondo, la mole parda de Montegil. El cielo, color de estaño; un gran crisol que purificará el metal que cae en lluvia sobre nosotros, que nos baña, que nos penetra en el agobio del sol vertical. Y, a la densa atmósfera, se doblan los olivos, se queman las gravillas renegridas que esperan la labor, cosecha maldita de este año en el que fructificaron los odios sembrados por voces y plumas delincuentes.

Este reloj tiene una fecha: 1841. El silencio mortal de la hora lo interrumpe el péndulo. Hacia abajo, por el hueco negro, se pierden los contrapesos. ¡Cuántas horas desde entonces ha contado el reloj del Arahal! Pasaron las revoluciones. Tornaron luego. Aquí, en lo alto, mientras atalayo el campo desierto, a mi espalda martillea el péndulo incansable. Antes que suene el bronce herido, desciendo de la torre civil de El Arahal ¿Qué hora va a sonar en este reloj del pueblo, sobre el horror de estos episodios que la pluma recoge, en crónica de guerra civil?

¿Será irremediable, fatal, este triste ritmo de España:

“Desde el altar a la Logia
desde la Logia al Altar?”

M. SANCHEZ DEL ARCO

Notas complementarias de lo ocurrido en Arahál Los que se salvaron de ser quemados vivos

En otra galera se hallaban don Francisco Cantero Gómez, D. Paulino Camacho, don Fernando Jiménez, D. Manuel Martín Sotillo, con tres de sus hijos; don Rafael Alcázar, don Manuel de Llano Jiménez, D. Manuel Fernández Guerra, D. Manuel Rivas Triguero, D. Francisco Bernabeu, D. Cristóbal ¿Caro? Guerrero, D. José mas que providencialmente se libraron de ser quemados vivos como los que se hallaban en la galera interior. En los momentos de confusión que el incendio produjo, pudieron abrir su calabozo y escapar por la tapia del Ayuntamiento, aun a riesgo de ser fusilados.

Los rebeldes del Arahál han sufrido un ejemplar castigo. No obstante, Que según las leyes de la guerra ha habido que proceder, podrán advertir la diferencia que hay entre las hordas del bando rojo y el Ejército libertador de España.

Los principales responsables de lo ocurrido en Arahál han sido los componentes de aquel Ayuntamiento. El alcalde Manuel Antequera Rodríguez, de la U.G.T. se halla detenido. Los tenientes de alcalde han buscado refugio en el campo. Uno de los guardias municipales que se había distinguido en la rebeldía se ha suicidado al darse cuenta del avance del Ejército y se ha arrojado a un pozo. Quien primero consiguió penetrar en la triste galera donde hallaron la muerte tantas personas fue el vecino Manuel Lobeto Gómez.

En la tarde de ayer fueron detenidos varias mujeres de las que más se habían distinguido en los sucesos. Hablamos con varias de ellas. En su pobre mentalidad se asombraban de que no se tomasen con ellas las represalias que sin duda esperaban. No comprendían, envenenadas como están sus almas, que los salvadores de España supieran vencer sin ensuciarse con represalias. Implacables en el combate y el castigo de los dirigentes rojos, los militares y milicianos españoles derraman su generosidad sobre los engañados, sobre sobre el pueblo que hay que ganar definitivamente para España, restándolo a las filas de los canallas a sueldo de la Rusia roja.

La tranquilidad en el pueblo durante la noche ha sido absoluta.

A las órdenes del alférez de complemento D. Manuel Rivas Trigueros continúa la organización de la Falange Española.